

Artículo extraído de la revista italiana: **Sodalitium**, nº **28.** Título original: *Settima puntata: nunzio a Parigi /1944-1952) Le religione. IL PAPA DEL CONCILIO.* Autor: P. Francesco Ricossa. Fecha: **diciembre 1991.** Traducido al español. Página web: www.sodalitium.it - email: info@sodalitium.it

Séptimo episodio: nuncio en París (1944-1953). La religión.

"EL PAPA DEL CONCILIO"

por el P. Francesco Ricossa



El Nuncio Roncalli conversando con un Obispo francés

Peter Hebblethwaite, el autor de “Juan XXIII. El Papa del Concilio”, también estuvo en Francia durante aquellos decisivos años cincuenta que prepararon el Concilio Vaticano II. Como joven estudiante jesuita, así describe el ambiente que se respiraba en el seminario de Chantilly y la opinión que los seminaristas tenían del nuncio, Angelo Giuseppe Roncalli, que también estaba en París en aquellos años: “En aquella época, los jóvenes éramos muy rigoristas y defensores de los obreros (...). Pensábamos en el contraste entre la riqueza de la nunciatura y la pobreza del párroco de Creil, que apenas tenía para comer y vivía en un tugurio. Todo, desde la definición de la Santa Sede sobre la Asunción, la prohibición de los curas obreros, la Humani Generis y las sanciones contra los teólogos (entre ellos mis profesores) que había acarreado, demostraba, en nuestra opinión, que la Iglesia de Francia no tenía nada más que esperar de Roma que mandatos crueles y excesivos. Por lo tanto, su representante en Francia sólo suscitaba la indiferencia, la desconfianza o el ridículo de todos aquellos a quienes estimaba. A partir de este hecho se originó el artículo de Robert Rouquette en la revista Etudes, *‘El Misterio Roncalli’*, publicado tras la muerte del Papa Juan (...). Afirmaba abiertamente que París no había sospechado ni remotamente las cualidades de este Roncalli, cualidades de las que daría prueba como Papa. Para algunos franceses, la elección de Roncalli fue una gran decepción; con diferencia, habría preferido a Giovanni Battista Montini, que entonces no era cardenal y que, por tanto, no podía ser un candidato serio en 1958” ([1]).

Esta cita dice mucho sobre el estado de ánimo no sólo de los seminaristas, sino también de sus profesores, en la Francia de la época.

No nos ayuda a comprender quién era realmente Monseñor Roncalli, el Nuncio del Papa en un país en revuelta religiosa contra Roma. Su odio a la Santa Sede cegó a los progresistas franceses hasta el punto de no reconocer en Roncalli más que al representante del odiado y temido Pío XII. Como se demostró en el último episodio, los francmasones habían reconocido en cambio al Nuncio como su hombre. El titiritero sabe más que las marionetas...

En retrospectiva, tratemos de descubrir en Roncalli ese misterio (de iniquidad) que se ocultaba a los ojos de los jesuitas de Chantilly.

Los viejos amigos

Mientras que la verdadera figura de Roncalli estaba oculta a los ojos de los franceses por su posición pontificia, que lo ponía del lado del "enemigo", un viejo amigo pudo conocerlo por lo que realmente era. Este viejo amigo era el monje ecumenista Dom Lambert Beauduin, del que ya hemos hablado tanto ([2]). Se conocían desde hacía muchos años, ¡desde 1924! Con un poco de malicia, el viejo Dom Beauduin incluso se jactaba de conocer, a diferencia de los demás, el "Misterio Roncalli". A la muerte de Pío XII en 1958, hizo esta confesión: "Si eligiesen a Roncalli todo podría ir bien; podría convocar un Concilio y consagrar el ecumenismo".

Tras un momento de silencio, el monje belga añadió: "Tengo confianza, tenemos nuestra oportunidad; los cardenales, en su mayoría, no saben lo que tienen que hacer. Son capaces de votar por él" ([3]). Si el modernismo de Juan XXIII sorprendió a algunos, incluso a los cardenales, no puede decirse lo mismo de quienes, como Beauduin, lo conocían bien.

Que Roncalli no había cambiado ahora que había hecho carrera mientras que él, Beauduin, había caído en desgracia, no cabía duda. Se dio cuenta suficientemente de ello cuando fue a París a visitarlo.

El Padre Bouyer escribe: "Cuando Monseñor Roncalli fue lanzado en paracaídas como Nuncio en París, de forma bastante inesperada, (Dom Beauduin) fue a visitarle, no sin preguntarse si José (Roncalli), con el anillo en el dedo y la túnica púrpura sobre los hombros, aún podría reconocer a su humillado hermano. No permaneció mucho tiempo en la duda. Nada más presentar su carta de visita, oyó la conocida voz desde la antecámara que le llamaba: "¡Lamberto! ¡Ven! ¡Ven!" Un momento después experimentó uno de esos cálidos abrazos que se harían famosos. Y antes de que se diera cuenta de lo que le estaba sucediendo, oyó que el Nuncio le decía: "¡Aquí! Siéntate ahí y cuéntame tus aventuras". Estimulado amistosamente, subió un escalón hacia atrás y se encontró instalado en un asiento particularmente augusto. Su interlocutor había tomado asiento en una silla frente a él, riendo a carcajadas. (Beauduin) comenzó entonces el relato de sus tribulaciones romanas... dándose cuenta poco a poco de que lo hacía desde lo alto del trono papal que necesariamente adorna la residencia de todos los legados... No imaginaban entonces que aquella situación grotesca adquiriría más tarde un significado simbólico" ([3]).

De hecho, será el propio Juan XXIII quien dejará el trono papal durante el Concilio, para inspirarse en todos aquellos teólogos que su predece-

sor había condenado. ¡Debo admitir que el trono papal ocupado por una persona desaprobada por los Papas (en este caso, Pío XI) es verdaderamente simbólico hoy!

Réquiem para un viejo amigo.

Pero si el ecumenista Dom Beauduin era un antiguo amigo, Don Ernesto Buonaiuti, el líder degradado y excomulgado de los modernistas italianos, también lo era, además de compañero de seminario y asistente en su primera misa ([4]). Durante su primera enfermedad, el cardenal Gasparri concedió a Buonaiuti la absolución inmediata, sin hacerle retractarse de nada, provocando la justa indignación del Santo Oficio. Pero el 26 de abril de 1946, mientras Roncalli estaba en París, Buonaiuti murió en Italia sin sacramentos ni arrepentimiento. ¿Cuáles fueron las reacciones de su amigo el cardenal? Él anota la hora de la muerte, el deseo que habría expresado el moribundo de abrir las ventanas para oír el sonido de las campanas de Pascua. Luego, comenta con palabras "llenas de comprensión y afecto": «Murió así, pues, a los 65 años: sine luce et sine cruce. Sus admiradores escribieron que tenía un espíritu intenso y profundamente religioso, adherido al cristianismo con todas sus fibras, unido por los inquietantes lazos a su amada Iglesia católica. Por supuesto, ningún clérigo bendijo su cuerpo; ningún templo acogió la sepultura. Palabras de su testamento espiritual del 18 y 19 de marzo de 1946: "Quizás me equivoqué. Pero no encuentro en el fondo de mi enseñanza ninguna materia para desautorizarla o retractarme." Dominus parcat illi.»

Hebblethwaite comenta: "Giovanni nunca despojó a Buonaiuti de su título sacerdotal: siempre será don Ernesto. Al revisar la historia del modernismo, algunos historiadores católicos presentan hoy a Buonaiuti como el profeta de la renovación. (ver BEDESCHI LORENZO, *Buonaiuti, il Concordato e la Chiesa*, 1970). Sin duda, Juan compartía esta opinión. Sus últimas palabras para Buonaiuti son en realidad una absolución" ([5]). Ciertamente no una condena.

El progresismo católico, modernismo refrito

Cuando Buonaiuti muere, no muere sin embargo el modernismo. Cuando San Pío X lo condenó con la encíclica Pascendi, trató de descubrir a los partidarios que hipócritamente ocultaron su adhesión a la herejía. Porque el modernismo es una herejía que quiere demoler a la Iglesia desde dentro.

La muerte de San Pío X (1914) y la Primera Guerra Mundial desviaron la atención de un enemigo que, demasiado pronto, fue declarado muerto y enterrado. En realidad, entre las dos guerras, el modernismo y sus partidarios más o menos conscientes volvieron a levantar prudentemente la cabeza.



El Nuncio Roncalli pronuncia su discurso ante el Presidente Auriol

El objetivo es siempre el mismo: modernizar, actualizar la Iglesia, conciliarla "con el progreso y la civilización moderna" (proposición 80 condenada por el Syllabus de Pío IX. Denz. S. 2980).

Incapaces de presentarse como tales, los modernistas dejaron de lado las cuestiones dogmáticas e intentaron pasar sus ideas a través de la pastoral. El hombre moderno está lejos de la Iglesia. Debemos salvar almas. Por tanto… para salvar las almas … debemos convertir la Iglesia al mundo moderno.

Así se crearon o infiltraron diversos "movimientos": el movimiento litúrgico, el movimiento bíblico, el movimiento ecuménico... En el ámbito social, el avance progresivo del marxismo, victorioso en las dos guerras mundiales, creó el clima propicio para el nacimiento del movimiento de los curas obreros. Los promotores de estos movimientos han de seguir una táctica prudente para cambiar la Iglesia.

Ellos solicitan pequeñas reformas pastorales, "por el bien de los fieles". A éstas seguirán, por supuesto, otras reformas, y así sucesivamente .... No las solicitan directamente. Se aprovechan de los episcopados más progresistas para asediar a Roma, plantearle exigencias, arrancarle concesiones.

La agitación causada por la guerra, por todas las guerras y por la segunda en particular, favoreció sus planes. Después, nada sería como antes.

En el episcopado francés, y especialmente en el cardenal Emmanuel Celéstin Suhard, los progresistas encontraron la ayuda deseada para realizar poco a poco sus sueños.

El cardenal Suhard

El Card. Suhard estaba en la lista de obispos a depurar. Sin embargo, iba a figurar entre los líderes del progresismo episcopal. Trasladado de la sede de Lisieux a la sede arzobispal de París, el cardenal, aunque no era "Primado de las Galias", gobernaba la diócesis más importante de Francia. El Nuncio Roncalli residió en la misma capital en los mismos años. En el campo litúrgico, es el portavoz de la C.P.L. (Comisión para la Pastoral Litúrgica) que reclama la misa vespertina, el uso de la lengua vernácula en la administración de los sacramentos y la reforma de la ley del ayuno eucarístico. Por ahora ([6]).

En el campo de la exégesis, solicitó a Roma lo que los historiadores han llamado la "superación de la oposición al método histórico en la ciencia bíblica" ([7]), obteniendo la respuesta de la Comisión Bíblica del 16 de enero de 1948 (Denz. S. 3862 - 3864). Se trata de superar los obstáculos planteados por los decretos de la Comisión Bíblica del período antimodernista (1905 1909; Denz. S. 3373, 3394 y sig., 3512 y sig.).

En el ámbito social, es el propio Card. Suhard quien aprueba, protege y patrocina el movimiento de los curas obreros, del que se hablará más adelante.

Y mientras Pío XII ve en la "nueva teología", que hace furor en Lyon y París, el renacimiento del modernismo, el Card. Suhard escribió una carta pastoral (*"Essor ou déclin de l'Eglise")* para denunciar el peligro... ¡del integrismo! Ese movimiento, por la defensa de la integridad de la Fe, promovido, bendecido, protegido y financiado por San Pío X, alabado en sus cartas pastorales por los obispos de Como (Archi) y Arezzo (Volpi), odiado por los modernistas de todo tipo, tal movimiento ahora disuelto por la muerte del santo Papa... es puesto al mismo nivel que el modernismo, "la reunión de todas las herejías", por el Card. Suhard, ¡sólo para ser denunciado como el principal peligro de nuestra época!

La Carta no gustó a Pío XII ([8]), evidentemente, pues era "el manifiesto de la nueva Iglesia emergente" ([9]).

La última carta pastoral de Suhard, *"Le prêtre dans la Cité"*, publicada un mes antes de su muerte, el 30 de mayo de 1949, es como "su testamento": "Es una verdadera obra de abnegación intelectual la que exige la cristianización de este nuevo mundo. Necesitaremos mucho tiempo —quizás— para desengañarnos de ciertos métodos del cristianismo medieval" ([10]). Ánimo, querido Cardenal, eso ya está hecho. Usted ha sido verdaderamente un profeta de la "nueva Iglesia emergente...".

Roncalli y Suhard

Con razón, después de lo dicho, Hebblethwaite considera importante examinar la relación entre Roncalli y Suhard.

Hebblethwaite da dos versiones: la de Monseñor Capovilla, futuro secretario de Roncalli en Venecia y el Vaticano, y la del periodista-jesuita Robert Rouquette.

Para el primero, "las relaciones entre el cardenal Suhard y el representante del Papa han sido siempre cordiales y afectuosas". Para Rouquette, "el cardenal Suhard le temía: de sus conversaciones con el Nuncio salía sombrío e inquieto" ([11]). Nos parece que el arzobispo Capovilla es más fiable que el padre Rouquette. Pero incluso si el jesuita tuviera razón, se debería al "complejo anti-romano" de Suhard: Roncalli, a su pesar, representaba a Roma y le correspondía anunciar al prelado parisino lo que Hebblethwaite llama las "malas noticias" ([11]), es decir, las reprimendas papales. Independientemente de lo que haya sucedido al principio, cuando, en 1949, Suhard murió, no solo dejó una capa o manteo como legado a Roncalli. "¿Qué más ha heredado nuestro personaje?", pregunta Hebblethwaite. "Se puede decir", responde, "que Suhard resume en su persona la situación del espíritu del catolicismo francés en esta época. Está abierto al mundo moderno, dispuesto a dejarse interpelar por él. Cree en la necesidad del diálogo entre comunistas y otros hombres de buena voluntad. Sabe que este diálogo no puede establecerse mediante el anatema. Desea la renovación de la Iglesia a todos los niveles, un laicado todavía vivo y activo, y un sacerdocio adaptado a la vida industrial moderna. Todos estos factores influirían en Roncalli (...), muchas de las intuiciones de Suhard pueden encontrarse en el pontificado joánico" (12).

El propio Roncalli es garante y testigo de esta simbiosis Roncalli-Suhard: "Casi cinco años de contacto espiritual entre nosotros habían sellado una hermandad de sentimientos que ninguna sombra, ni la más leve, llegó a turbar. Tanto le comprendía yo, y él me comprendía a mí" (carta a Mons. Pierre Brot, obispo auxiliar del cardenal Suhard) (10).

Los sacerdotes obreros

Esta total sintonía de sentimientos, afirmada por el mismo Roncalli, no puede excluir lo que fue en cierto modo la obra mayor del Cardenal, el movimiento de los sacerdotes obreros.

Mons. Suhard, obispo de Bayeux (1928), observó que en las grandes fábricas de Caen "Cristo es desconocido" (13). En 1948, al celebrar el 50º aniversario de su sacerdocio en París, la impresión es la misma para la capital: "Cuando paseo por los suburbios sombríos en torno a las fábricas, o recorro las calles iluminadas del centro, cuando veo a esas gentes, de vez en cuando refinadas o miserables, mi corazón se aprieta de dolor" (14). Sin duda, desde la Revolución, Francia (y el resto del mundo) se ha descristianizado. El hecho es evidente: el mundo moderno está, en palabras de Pío XII, "fuera del redil de Cristo" (Enc. *Humani Generis*). Suhard concluye de ello, ya en 1929, que Francia (y los antiguos países católicos) son "una tierra de misión" (13). Ya se percibe una coacción, un rigorismo no ajeno al progresismo; a pesar de todo, Francia seguía siendo un país de bautizados. El análisis se vuelve aún más peligroso si, al fenómeno de la descristianización, se aplican no los juicios de la Iglesia, sino los de sociólogos entonces en boga, como Le Bras (15). Obras como las del abate Boulard (*Problèmes missionaires de la France rurale*) o del abate Godin (*France, pays de mission?*) seguían la misma línea sociológica (15). Henri Godin (nacido en 1906) e Yvan Daniel dirigieron durante la guerra al Card. Suhard un informe exponiendo sus tesis, que coincidieron con las del propio Suhard.

La "descristianización", analizada sociológicamente (de forma puramente naturalista) y acentuada para las necesidades de la causa, se convirtió en sus manos en una piqueta para derribar (como de costumbre) los muros... entre la Iglesia y el mundo.

Von Balthasar quería "abatir los Bastiones"; en Estambul, Roncalli vio al Espíritu derribar las barreras... (16)

No nos extrañemos, pues, de que el abate Godin decidiera también "derribar la barrera" (17) que su formación en el seminario había interpuesto entre él y los demás.

"La Iglesia se había convertido en la patrona de la cultura y de la respetabilidad; y la cultura, en opinión de Godin, creaba entre los hombres barreras aún más altas que la diversidad de las condiciones sociales" (17). En resumen, un Don Milani a la francesa.

Derribar muros es también el pasatiempo del cardenal Suhard: el tema de sus meditaciones, dijo en 1948, es siempre el mismo: "Hay un muro que

separa a la Iglesia de las masas. Este muro debe ser derribado a toda costa" (14). La guerra es la ocasión propicia para comenzar la obra. Un ejemplo lo da el padre dominico Loew (nombre que no hay que olvidar...) que se convirtió, en 1941, en descargador portuario en Marsella (15). Un año más tarde, 25 sacerdotes nombrados por Suhard por consejo del padre Jean-Marie Leblond partieron para trabajar en el "Servicio de Trabajo Obligatorio" (STO) en Alemania. "Son los primeros sacerdotes obreros" (18). Tienen una fe "anómica" [del gr. ἀνομία *anomía,* ausencia de ley, carencia de normas sociales – ndt] "porque tienen que improvisar liturgias en los lugares menos apropiados"; (...) "El latín y los antiguos ritos litúrgicos", piensan, "no dicen nada a los obreros" (18). Al regresar de la cárcel o de la "resistencia" tienen el "complejo de veterano" que no quiere volver a la normalidad del servicio parroquial. No te preocupes. Mons. Suhard tenía preparadas para ellos la "Misión de Francia" (1941) y la "Misión de París" (1943), cuyos sacerdotes, "pioneros de la vanguardia" (14), como los llamaba el propio Suhard, se sentían "suhardianos" (12). Pero si el Cardenal quería "salvar las almas de París" (14), el efecto no fue el que se esperaba.

Los curas obreros, para convertir a los comunistas, sin duda fueron arrestados por la policía durante las manifestaciones del partido, y uno de sus representantes, el abate Boulier, cometió un gran error. En la "Conferencia de la Paz" organizada en Varsovia por los comunistas del invicto Stalin (notoriamente pacíficos), el imprudente abate tomó la palabra y dijo: "Si nos preguntaran a los que estamos comprometidos en la lucha por la paz: ¿Quiénes son los comunistas entre nosotros? Responderíamos: todos" (11). ¡Estamos en noviembre de 1948! "En Varsovia, la sala se derrumbó entre aplausos. En París, sin embargo, el techo sobre la cabeza de Suhard también estaba a punto de derrumbarse" (11).

Roncalli al rescate de Suhard

Ahora bien, volviendo al tema, ¿cuál fue la actitud de Mons. Roncalli hacia el cardenal Suhard, sus métodos pastorales y, sobre todo, el movimiento de los sacerdotes obreros?

Empecemos por un caso emblemático, el del abate Boulier.

"En Roma —escribe Hebblethwaite— Suhard espera una intervención inmediata" (11); el Cardenal está acorralado: o ser desautorizado o ser considerado responsable..."

“El 5 de febrero de 1949, el cardenal Suhard publicó una declaración en la que denunciaba ‘la habitual y estrecha colaboración con el comunismo’” (11). Por lo tanto, una colaboración, aunque rara, era posible... mientras que Pío XI había declarado que “el comunismo es intrínsecamente perverso y no se puede permitir ninguna colaboración con él” (Carta Encíclica *Divini Redemptoris*, 1937). Por esta razón, el 5 de marzo de 1949, L’Osservatore Romano debe precisar que “no sólo se debe evitar la ‘colaboración habitual y estrecha’. Se requiere la máxima vigilancia, incluso en las acciones más pequeñas en las que puede haber algún riesgo de error” (11).

Aquí es donde entra en juego nuestro personaje: «Roncalli intervino tan bien a través de la mediación de Montini de tal forma que ‘L’Osservatore Romano’ del 31 de marzo de 1949 publicó un artículo elogiando a la Misión de París y al cardenal Suhard ‘que asumió toda la responsabilidad’. Incluso si el tema ha cambiado, podemos ver una especie de apología en él. Es publicando artículos en ‘L’Osservatore Romano’ como los prelados de la Curia Romana se dan la batalla entre ellos.» (20); Mons. Ottaviani y el Santo Oficio, por un lado, y Mons. Montini, por el otro (21). Los dos campos (el ortodoxo y el heterodoxo) que se opondrán en el Concilio ya están presentes.



Angelo Roncalli recibe el “sombrero cardenalicio” de manos del presidente de la república francesa, Vincent Auriol

En este episodio vemos hacia dónde van las simpatías de Mons. Roncalli. “Admiraba la forma en que la jerarquía francesa, especialmente los arzobispos de París, habían organizado progresivamente las diversas actividades católicas” (22), escribe Bolton. Aprueba “el experimento de los sacerdotes obreros” (23), escribe Wynn. “Tenía mucha simpatía por los sacerdotes obreros”, según Hatch.

En Roma las cosas se veían de otra manera: en 1951 se dio la orden de dejar de reclutarlos (ya eran unos noventa) y en 1953 el sucesor de Roncalli, Marella, los hizo llamar a la sede por sus superiores. Más de cuarenta se negaron. Mientras tanto, en los casi diez años de experimentación, muchos “se dejaron convencer por la teoría de la lucha de clases, mientras que otros no supieron salvaguardar intacta su vida sacerdotal y su celibato” (15).

La excomunión de los comunistas

Como se mencionó, el cardenal Suhard murió el 30 de mayo de 1949. Un mes más tarde, el 30 de junio, Pío XII firmó el decreto del Santo Oficio según el cual “dejará a Francia en la estacada y parecerá desaprobar toda la misión de Suhard” (25). La excomunión afecta a los comunistas ateos, pero la condena papal también se extiende a aquellos que favorecen al partido “de alguna manera”.

¿Qué hace el Nuncio? Mons. Roncalli desaparece: “Escoge este momento para hacer un largo recorrido por la provincia, dejando a otros la preocupación de interpretar el decreto... Más tarde, el papa Pacelli se quejaría de su ausencia de París en momentos tan críticos. Dijo a Mons. Marella, su sucesor en la nunciatura: “Sobre todo, no hagas como tu predecesor que nunca estuvo allí” (MAX BERGERRE, *Quattro Papi e un giornalista*, Paulinas 1978, pág. 70). Durante esta ausencia diplomática, los cuatro cardenales franceses explicaron con paciencia lo que el decreto del Santo Oficio no significaba: “... Es necesario saber que en la noción misma de capitalismo está presente... un materialismo rechazado por la enseñanza cristiana... Comprendemos bien el sufrimiento que los obreros pudieron sentir ante la condena del comunismo. Sabemos que veían en él un partido activo decidido a suprimir las injusticias sociales a las que están sometidos y a dar a los trabajadores su papel de hombres libres, de obreros y de ciudadanos. Por eso nos entristece su pena y tratamos de corazón de quitarles la dolorosa impresión de que la Iglesia permanece insensible a su angustia” (25). Viene a propósito repetir la frase del abate Boulier: “¿Quiénes son los comunistas entre nosotros? ¡Todos nosotros!”

El sucesor de Suhard

"No es cierto que [Roncalli] descuide su trabajo durante sus viajes. No abandonará Francia hasta que haya encontrado un sucesor para el cardenal Suhard" (25). Feltin, nombrado en agosto de 1949, es "presidente de Pax Christi, el movimiento católico y pacifista" (25), es decir, un instrumento útil del comunismo. Hebblethwaite asegura que inspirará a Juan XXIII a escribir *"Pacem in Terris"*.

La condena de la "nueva teología"

Continuidad en París, por tanto, en favor de la novedad. Continuidad en Roma, a favor de la tradición. La exhortación apostólica "Menti Nostræ" sobre la santificación de la vida sacerdotal condena en muchos sacerdotes "una cierta codicia de novedad, que aumenta de modo cada vez más grave e inquietante" (26). A la "Menti nostræ" siguió la encíclica Humani generis, "sobre ciertas opiniones falsas que amenazan con subvertir los fundamentos de la doctrina católica" (12. VIII. 1950). Todos encontramos estas falsas opiniones en el Concilio Vaticano II. Obviamente, por otro lado: ¡los partidarios de estos errores serán llamados a participar como "expertos" en el Concilio por el mismo Juan XXIII!

Pío XII condena, Juan XXIII rehabilita, Pablo VI y Juan Pablo II exaltan (incluso con el "cardenalato" en el caso de Danielou, De Lubac, von Balthasar) a las mismas personas, a las mismas doctrinas.

Sin nombrarlos, la Encíclica condena al "padre De Lubac y a su banda" (von Balthasar dice: "Éramos una banda") (27).

Los jesuitas De Lubac, Rondet, Bouillard, los dominicos Chenu y Congar perdieron sus puestos. Detrás de ellos, la sombra de Theilard de Chardin. "Sodalitium" ya ha dedicado más de un artículo a sus errores, por lo que evitaré insistir en ellos nuevamente (28). Me pregunto: ¿qué hace Roncalli?

Un intervalo de seis meses

¿Qué hace Roncalli? A estas alturas ya era un experto: el 21 de agosto, diez días después de la publicación de "Humani Generis", salió de París rumbo a Italia, de donde no regresaría hasta mediados de octubre. A su regreso de París, guardó un silencio inexplicable: en sus memorias de julio a diciembre de 1950 hubo un intervalo de seis meses (29).

Para llenar este vacío, he aquí un testimonio significativo: según el mismo padre De Lubac, "el nuevo Papa [Juan XXIII]... estaba descontento con lo que había sucedido en la época de Humani Generis" (30). Lo que sigue confirmará esto. Por otra parte, ¿no es suyo el concepto de "signos de los tiempos" que Juan XXIII hará suyo, retomado por el padre Congar, uno de los teólogos condenados? (31)

Pero, por el momento, "no puede hacer grandes cosas por los teólogos censurados, excepto aconsejarles que sean pacientes, levanten los brazos al cielo y se encojan de hombros" (32). Como en los tiempos del modernismo, lo importante es esconderse y esperar tiempos mejores. Llegará el día de la revancha.

Los últimos años (1951 - 1952)

"Durante el último período de su misión en Francia, en 1951-1952, consideró a los católicos franceses litigiosos y cavilosos [se trata de los "integristas" evidentemente – nota del autor, en adelante nda]. Roncalli dedica más tiempo a los que están "fuera" de la Iglesia. Al no tener que preocuparse por el ukase de Roma, [es el modernista Hebblethwaite el que escribe - nda] [ukase: proclama formal y legalmente vinculante que el zar o un patriarca promulgaba en la Rusia imperial; por extensión, mandato riguroso y excesivo – ndt], se encuentran mejor dispuestos [los que están "fuera" de la Iglesia – ndt] a apreciar sus cualidades humanas, su amabilidad y su espíritu de comprensión. El presidente Vincent Auriol, ex ministro de Finanzas en el gobierno del Frente Popular [es decir, ¡social-comunista! - nda] en 1936, lo encontró simpático» [¡Obvio! - nda.] (32).

Salida

Mientras tanto, el patriarca de Venecia, Carlo Agostini, cae enfermo y teme por su vida. Montini escribió a Roncalli el 14 de noviembre de 1952 preguntándole si, en caso de muerte del Patriarca, estaría dispuesto a reemplazarlo en Venecia. Las noticias se suceden unas a otras; otro telegrama de Montini anunciaba la decisión de Pío XII de crearlo cardenal en el consistorio del 12 de enero de 1953. Un cardenal no permanece en la nunciatura: por lo tanto, irá a Venecia, o bien, a la Curia. El mismo día, la noticia de la enfermedad mortal de su hermana Ancilla. Más adelante veremos hasta qué punto este acontecimiento es una prueba para él. Después de visitar a su hermana, regresó a París. La noticia de su ascenso a la púrpura es oficial. Al Arzobispo de París y, con él, al futuro cardenal, Mons. Feltin, expresa su

temor de ser nombrado miembro de la Curia de Roma. Nunca ha amado a la Curia Romana, y lo demostrará. El Patriarca de Venecia muere el 28 de diciembre; Roncalli lo sustituirá. "Tiene tiempo para escapar de la Curia" (33).

Una cena, un secretario y una birreta

Nuestro personaje no puede irse tan a la ligera, inoportunamente, sin agasajos. Sigámoslo también en las despedidas oficiales.

Proclamado Cardenal en el consistorio del 12 de enero, el Card. Roncalli iba a recibir el birrete cardenalicio en Roma. Un antiguo privilegio de los reyes de Francia les dio el honor de imponerlo en nombre del Papa al Nuncio elegido Cardenal. Los presidentes de la república, cualquier cosa menos católicos, "consideraban la ceremonia como un asunto de la Iglesia que no les concernía y se abstuvieron de ella", excepto los cardenales Maglioni y Cerretti (34).

Después de la ruptura entre la Iglesia y el Estado, que tuvo lugar bajo San Pío X, los tiempos ciertamente no eran favorables para tales ceremonias. Pero Roncalli no era un Cardrnale como los demás, ¡ya lo hemos visto! "Fue el propio presidente, Vincent Auriol [socialista ateo] quien lo solicitó gustosamente. Monseñor Roncalli estaba contentísimo" (34).

La ceremonia tuvo lugar el 15 de enero. En sus discursos oficiales, Roncalli recordó un episodio similar, en tiempos del presidente Carnot, en 1893, del que fue testigo su amado Mons. Radini-Tedeschi (35). Por su parte, Auriol aprovechó para hacer propaganda de la república francesa (masónica): "Sus experiencias pasadas —dijo al nuevo cardenal— le habían permitido apreciar la acción de Francia en el mundo y le habían predispuesto durante mucho tiempo a comprender las grandes tradiciones de tolerancia y justicia que siempre han sido el honor de nuestra nación y que tenían que unir, después de la solemne exhortación de León XIII, todas las familias espirituales francesas de la República" (36). Besos, aplausos, Legión de Honor... Auriol siguió siendo tan amigo de Roncalli que le visitó más tarde en Venecia, aunque ya no ocupaba ningún cargo público (34). El 3 de febrero llegó a la Nunciatura una delegación de la diócesis de Venecia encabezada por el Vicario Capitular, Mons. Erminio Macacek. Éste "iba acompañado de un joven sacerdote, seco, de rostro pálido, pero con dos ojos inteligentes: el padre Loris Capovilla" (34). El padre Tanzella, al que citamos, olvida una última característica del padre Loris: siniestro. Roncalli se fijó en él y le hizo su secretario en Venecia y en el Vaticano. Los dos estaban hechos para entenderse. Finalmente, el 5 de febrero de 1953, almuerzo de despedida con

amigos políticos. Invitó al presidente de la Asamblea Nacional: Eduard Herriot (37) al de la Unión Nacional: Monnerville, al Presidente del Consejo Réné Mayer y a sus predecesores: Bidault, Covin, Pléven, Edgard Faure, André Marie, Robert Schuman, Pinay, Fourcade.

El ambiente era exquisitamente cordial, distendido” (38). Al final, tomó la palabra Herriot, para dar los últimos cumplidos. «El Paris Presse comentó: ‘El Cardenal Roncalli deja tras de sí en Francia un montón de amigos y ni un solo enemigo’» (38). Como ya hemos dicho, lo hizo mejor que Cristo, que tenía muchos enemigos.

El juicio de un colega

Se trata de Carl J. Burckhardt (39). He aquí su curriculum vitae: profesor de Historia en las universidades de Zurich y Ginebra, especializado en Voltaire y Goethe, diplomático, comisario de la Sociedad de Naciones en Polonia (1937), presidente del Comité Internacional de la Cruz Roja (1944), embajador suizo en París (1945-1949). Allí conoció al Nuncio Apostólico, Monseñor Angelo Roncalli, futuro Juan XXIII. Cuando su colega diplomático fue elegido para el Sumo Pontificado en 1958, Burckhardt escribió a su amigo Max Rycher: “Tengo un gran interés por el Papa. Durante toda mi estancia en París, tuve mucho contacto personal con él, y le quise mucho. Iba de un lado a otro como un joven funcionario de embajada, uno se encontraba con él en todas partes, empezando por la sala de estar M.R.P. [el partido de la D.C. francesa – nota del editor]. Tiene una vasta experiencia del mundo, podría haberse convertido en un excelente dirigente industrial, es de pies a cabeza ese campesino bergamasco bienintencionado pero astuto. Su devoción es sólida, pero concisa, acorde con su estilo. Sin embargo, me parece que su buen sentido —preciso a corto plazo, pero bastante vago a largo plazo— le impide reconocer el valor de ciertos misterios que trascienden el tiempo y son específicamente católicos. La actitud de creer en los milagros, el respeto por lo Sacro, no son de su incumbencia. Es deísta y racionalista, con la mejor tendencia a ponerse al servicio de la justicia social. Añade a esto una tendencia a tender ampliamente la mano a todos aquellos que, viniendo de campos totalmente opuestos, están animados por esfuerzos similares (...). Es bueno, abierto, lleno de humor, muy alejado de la Edad Media cristiana; pasando por los “filósofos” franceses llegó a las mismas conclusiones que los Reformadores, con menos pasión metafísica. Cambiará muchas cosas; después de él la Iglesia ya no será la misma» (40). Este es el que parte para Venecia. Lo olvidaba: el embajador suizo también era

un alto grado de Masonería (39), al igual que el otro amigo y colega de Mons. Roncalli, el barón Marsaudon. Un buen trío, de eso no hay duda.

APÉNDICE

En el número anterior llamé la atención sobre la singular amistad entre el Arzobispo Roncalli y Edouard Herriot quien, en palabras de Andreotti, elogió "altamente" a Roncalli (ANDREOTTI. *A ogni morte di papa*. Rizzoli 1982. págs. 67 - 68). Se puede encontrar más información sobre Herriot en dos obras de Léon de Poncins, a saber: *Les Forces Secrètes de la Revolution*. Bossard 1928 *y Cristhianisme et F ∴ M ∴'*, l'Ordre Français, 1969. De Poncins escribe: "Este entrometimiento de la masonería en los asuntos del Parlamento y su dominio sobre la mayoría de sus diputados y senadores se afirmó con más fuerza que nunca durante el ministerio Herriot de 1924" (*Forces Secrètes,* págs. 63-64).

«En 1924, las elecciones legislativas condujeron a la victoria del Cartel de la Izquierda y Herriot tomó el poder. Esto es lo que decía de él la Reunión del Gran Oriente de 1924: "Antes de comenzar nuestros trabajos, permítanme dirigirles los saludos del F ∴ M ∴ al gran ciudadano Herriot que, aunque no es F ∴ M ∴, traduce tan bien en la práctica nuestro pensamiento masónico". Su gobierno decretó una serie de leyes socializantes, prefigurando las leyes del Frente Popular de Léon Blum. Ahora bien, un poco más tarde, las ediciones Spes publicaron, bajo el seudónimo de A. G. Michel, un libro que demostraba, pruebas documentales en mano, que la mayoría de las leyes instituidas por el ministerio de Herriot habían sido elaboradas de antemano en las logias masónicas» (*Christianisme*... pág. 65).

En los dos libros citados, sigue una lista de 14 leyes del gobierno de Herriot, que fueron redactadas sólo unos meses después de haber sido propuestas en las reuniones masónicas. Para no hacer aún más farragoso mi artículo, sólo mencionaré, entre otras, la decisión de suprimir la embajada del Vaticano (*Bollettino ufficiale della Gran Loggia di Francia*, enero de 1923, pág. 39; realización: 24 de octubre de 1924), la aplicación de las leyes contra las congregaciones religiosas, la instauración del régimen laicista en Alsacia-Lorena, el monopolio de la enseñanza, la reanudación de las relaciones con los soviéticos...

He aquí, de todos los políticos franceses, el más querido por el Arzobispo Roncalli, completamente correspondido por otra parte.

El trío Roncalli-Marsaudon-Burckhard, con la contribución de Herriot, se convirtió en un cuarteto. Un cuarteto de personajes venerables...

NOTAS

(1) HEBBLETHWAITE. *Jean XXIII, le Pape du Concile*. Ed. le Centurion 1988, págs. 5-6.

(2) "Sodalitium" nº 25, págs.23-27.

(3) In D. BONNETERRE *Le mouvement liturgique*. Fideliter 1980, págs. 112-113. Tratto da L. Bouyer *Dom Lambert Beauduin, un homme d'Eglise*. Castermann 1964, págs. 180-181.

(4) "Sodalitium" nº 22, págs. 14-15.

(5) HEBBLETHWAITE *Giovanni XXIII il Papa del Concilio*. Ed. it. Rusconi 1989, págs. 669-670.

(6) BONNETERRE. *Le mouvement liturgique*. op. cit. págs. 73-74.

(7) *Storia della Chiesa* dirigida por H. JEDIN. Jaca Book 1975. Vol. X/1 págs. 221-225.

(8) Cfr. BONNETERRE. *St. Pie X et l'intégrisme*. in Fideliter nº24 pág.62. (Pésimo artículo, según lo que ya hemos explicado en "Sodalitium", nº 25 pág. 36 nota 19.

(9) HEBBLETHWAITE. op. cit. pág. 313.

(10) Citado en HEBBLETHWAITE pág. 318.

(11) Citado en HEBBLETHWAITE pág. 315.

(12) Citado dn HEBBLETHWAITE pág. 319.

(13) Citado en HEBBLETHWAITE pág. 304.

(14) Citado en HEBBLETHWAITE pág. 317.

(15) JEDIN, op. cit., vol. X/2 pag. 555-556.

(16) HEBBLETHWAITE pág. 278.

(17) GLORNEY BOLTON. *Il Papa*. Longanesi 1970 págs. 233-234.

(18) HEBBLETHWAITE pág. 305.

(19) BOLTON op. cit. pág. 238.

(20) HEBBLETHWAITE pág. 316.

(21) Cfr. HEBBLETHWAITE págs. 306-307. Ottaviani envió a Suhard un cuestionario sobre los sacerdotes trabajadores en 1947, destacando los problemas y peligros inherentes a la experiencia antes mencionada.
(22) BOLTON opág. cit. pág. 237.
(23) WILTON WYNN *Custodi del regno*. Frassinelli 1989 pág. 50.
(24) ALDEN HATCH *Giovanni XXIII* Mursia 1964, pág. 132.

(25) HEBBLETHWAITE págs. 320-321.
(26) Citato in HEBBLETHWAITE pág. 322.

(27) RENATO FARINA *Padre De Lubac e la sua banda*. Ne *"Il Sabato"* nº 37, 14 septiembre 1991 pág. 82.

(28) Sobre la "Nueva Teología" leer los artículos de:

- Don RICOSSA en "Sodalitium" Vida y pensamiento de Wojtyla en "Sodalitium" nº 19, páginas. 13-17.
- Don NITOGLIA *Il Magistero del Concilio Vaticano II* nº 20 págs. 7-11.
- Don NITOGLIA *Il Magistero del Concilio Vaticano II* nº 22 págs. 20-24.
- Don NITOGLIA *Teilhard de Chardinn*.25 págs. 13-21.
- Don NITOGLIA *Henry de Lubac* nº 27 págs.24-29.

Además, una descripción del pensamiento de los nuevos teólogos se encuentra también en el libro reseñado por nosotros (Hebblethwaite), págs. 323-325. Breve pero interesante es la exposición hecha en la *"Storia della Chiesa"* de JEDIN (vol. X/1, págs. 206-207) donde se pone de relieve el neo-origenismo de los "nuevos teólogos" (Cfr. el artículo del Prof. Siebel en "Sodalitium" nº 27 pág. 39-49: *Si pu sperare la salvezza di tutti?*) La crítica del cardenal sigue siendo válida. Siri en *"Getsemani. Riflessioni sul movimento teologico contemporaneo"* Fraternità della SS. Vergine Maria, Roma 1980.

(29) HEBBLETHWAITE, pág. 325.

(30) Cfr. "Sodalitium" nº 27, pág. 25.

(31) HEBBLETHWAITE pág. 324.

(32) HEBBLETHWAITE pág. 326-327.

(33) HEBBLETHWAITE pág. 331.

(34) TANZELLA *Papa Giovanni*, Dehoniane pág. 194.

(35) TANZELLA op. cit. pág. 196. Sobre Mons. Radini ver “Sodalitium” nº 22, págs. 15 - 20.

(36) HEBBLETHWAITE pág. 332.

(37) Sobre Herriot si ver “Sodalitium” nº 27 el Apéndice a este artículo.

(38) TANZELLA op. cit. págs. 199-200.

(39) *Didasco*, mayo-junio 1981, nº 25 págs. 15-17.

(40) Del *Brief Wechsel zwiscen Max Rycher und Carl,* J. BURCKHARDT 1970. Citado en “Einsicht” abril 1981 pág. 303.